

EL CAMELLO PARADÓJICO ANTE LA AGUJA GENEROSA (UNA ANÉCDOTA UNAMUNIANA EN TRES CONTEXTOS)

Miguel Ángel de la Fuente González

En 1961 se preguntaba Ferrater Mora (1967, 45): "¿Qué se puede decir todavía sobre Unamuno? ¿No se ha dicho ya todo lo imaginable, y hasta no poco de lo no imaginable?" A los 37 años de tales preguntas, hemos querido llevar a cabo nuestra personal incursión en parte de la obra de Unamuno, aunque en una parte cuantitativamente mínima. Y lo hemos hecho, entrado en ese apasionante juego que describiera el mismo Unamuno (VII, 1496): "mientras el autor anda buscando un artículo o un ensayo o un poema, anda un artículo, un ensayo o un poema buscándole a él". Y, cuando se produce el deseado encuentro, no será sin tensiones, ya que el artículo acaba por imponerse y decir "lo que ni pensaba [su autor] que había de decir".

1. Las exageraciones de Cristo

De nuestra incursión por la obra unamuniana hemos regresado con un curioso botín, una anécdota no despreciable, donde se aúnan la religión, la política, el momento histórico y la personalidad de Unamuno. Tal anécdota, en sus tres versiones, constituye el plato fuerte de nuestra ponencia, convenientemente aderezada con otras referencias a la obra de Unamuno.

La anécdota en cuestión podría reducirse al siguiente esquema: una persona, A, recuerda a B el pasaje de la dificultad de que un camello pase por el ojo de una aguja y de la salvación de los ricos, y B trata de rebatirle arguyendo que se trata de una exageración típica de Cristo.

Esta anécdota la hemos encontrado reproducida en tres textos periodísticos de Unamuno: en 1919, 1924 y 1933. Sin embargo, y como veremos, no siempre aparece de

idéntica forma ni apunta a la misma interpretación. Las variaciones que presenta son cuatro fundamentalmente:

- 1) Quién cuenta el pasaje del camello.
- 2) A quién se lo cuenta.
- 3) La reacción de éste.
- 4) Interpretación unamuniana de tal reacción.

Por encima de todas estas variantes, podemos, sin embargo, fijar algunas características comunes a las tres versiones:

- 1) La anécdota sufre, a lo largo de su repetición (unos catorce años), importantes cambios y diferentes contextualizaciones, a la par que una progresiva disminución de su extensión.
- 2) Además, el carácter humorístico que tiene al principio se va atenuando, o quizás afinando, en las sucesivas versiones.
- 3) Aunque Unamuno sabía los problemas de traducción de la palabra "camello" (en la segunda versión de la anécdota, apunta la posibilidad de que se trate, más bien, de un "calabrote" o cabo grueso de nueve cordones), prefiere seguir la tradición de "camello", la más popularizada y sugestiva.
- 4) Unamuno no nos advierte, como hace en otras ocasiones, de que se trata de una anécdota ya contada. El paso del tiempo y las muy significativas modificaciones introducidas podrían ser claves.
- 5) Escasa integración de la anécdota, dentro de la estructura de los artículos en que se nos ofrece.

Y, sin más, vamos al estudio de nuestra anécdota, no sin antes advertir que, aunque presentamos tres versiones, esto no significa que realmente sean las únicas, pues nuestro rastreo, por la ingente obra de Unamuno, no ha sido exhaustivo.

2. Primera versión (1919): el camello y el conservador Político-Financiero

De 1914 a 1924, Unamuno frecuenta la actividad periodística, según González Martín (1977, 12-13), por deseo de extroversión y ansia de fama, ya que sus artículos rebasan las fronteras nacionales, a lo que se une el problema económico familiar. Su destitución del cargo de rector de la universidad de Salamanca, en 1914, no sólo hizo disminuir los ingresos económicos, sino que, por su carácter injusto y arbitrario, abrió una etapa de gran exaltación en la vida de Unamuno, que a la sazón contaba 55 años.

La pérdida del rectorado, según L. González Egido (1997, 130), "desquició a Unamuno y agudizó su oposición al régimen monárquico. Su postura política se radicalizó y sus artículos se llenaron de una virulencia y crítica insólitas. Su personaje público entra en conflicto con su personaje interior. Son como dos yos [sic] en litigio; él lo nota y se preocupa. Pero no puede evitarlo. La política va dominando sus decisiones y su dicotomía hombre público-hombre privado se agudiza".

En los artículos de esta época están presentes, sobre todo, los problemas políticos: los de la primera guerra mundial y –a partir de 1918, según González Martín– los ataques a la monarquía y a la fuerza político-financiera que la sostenían.

La primera versión que hemos encontrado de la anécdota en cuestión es de 1919. Aparte de que Unamuno ya había copiado la cita evangélica en una ficha, para un proyecto de artículo, "El rico", en los lejanos 1894-1897 (Laureano Robles, 1997, 178); en su ensayo "Acerca de la reforma de la ortografía", de 1898, se refiere a la cuestionable palabra "camello", originada por un problema ortográfico a partir de la palabra "calabrote" en griego. De ello resultó, afirma Unamuno, "una metáfora disparatada por lo incongruente. Y una vez cometido el error, no faltaron interpretaciones ingeniosas a lo del camello" (tomado de J. M. Iribarren, 1996, 334-335).

Así, pues, nos encontramos con nuestra anécdota a finales de 1919 (el 26 de diciembre) en la revista *España*, fundada por Ortega y Gasset en 1915, "para que sirviera de tribuna a todos los intelectuales que quisieran dar su visión de la actualidad española y mundial", según palabras de González Martín (1977, 15).

Ni el título ni el texto en que se inserta la anécdota son especialmente significativos. El título de tal artículo es "Notas sueltas" (título que utilizó Unamuno para encabezar al menos 8 de sus colaboraciones para la misma revista). Bajo dicho título incluía Unamuno comentarios de actualidad, desconectados entre sí, y desarrollados en un corto espacio (de uno a tres párrafos). La falta de conexión entre los diversos componentes de tales artículos se debía al carácter perentorio de las colaboraciones periodísticas de Unamuno, que se veía obligado a veces a tener que "pensar fragmentariamente", según propias palabras (1919; CPE, 219).

Esta primera versión de la anécdota que nos ocupa es la que aparece en forma más extensa y se desarrolla en tres partes o momentos:

1) Unamuno explica a un conservador la teoría de Renan sobre la condena de Cristo (1919; CPE, 271):

A un conservador y católico muy ortodoxo, pero católico por conservadurismo y no por fe religiosa, le contábamos lo que Renan en su Vida de Jesús nos dice de cómo fueron los conservadores, los de Anás y Caifás, los que hicieron matar al Cristo por aquello que Caifás dijo: "Conviene que un hombre muera por el pueblo y no que toda la nación se pierda" (Jn XI, 50), sentencia esta de Caifás –y lo mismo podría ser de La Cierva, nuestro sumo sacerdote de saduceísmo conservador– que expresa la quintaesencia del conservadurismo saduceo. Y nuestro interlocutor se descomponía.

Resumiendo:

- Cristo es condenado por el conservadurismo.
- Lo mismo podría haber hecho La Cierva.
- El conservador se muestra violento.

2) En la segunda parte, le recuerda las paradojas del cristianismo hasta llegar a la del camello:

Empezamos luego a recitarle las paradojas evangélicas, empezando por aquella de que el que quiere salvar su vida la perderá, luego la de que hay que odiar a los de la familia, la de que quien no está conmigo está contra mí -frente a lo cual se dice: "quien no está contra vosotros por vosotros está"- y al llegar a lo de que es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que el que pase un camello por el ojo de una aguja, nuestro conservador saduceo, socio de la Adoración Nocturna y de las Conferencias de San Vicente de Paúl y ciervista él, nos interrumpió bruscamente exclamando: "Bueno, es que Nuestro Señor Jesucristo era un exagerado". ¡Definitivo!

En resumen:

- Le cuenta las paradojas evangélicas.
- Al llegar a la del camello, el conservador le interrumpe y lo achaca a la exageración.

3) El comentario de cierre. Aunque Unamuno introduce la expresión "¡Definitivo!", inmediatamente después de las palabras del conservador, cambia luego de párrafo para terminar con esta observación: *¡Exageraciones! ¡Exageraciones! Es lo que ahora han dado en llamar paradojas.*

A) QUIÉN EXPONE EL PASAJE EVANGÉLICO: En este caso, y sólo por esta vez, parece ser Unamuno ("le contábamos... nos interrumpió..."), quien asume el papel de provocador, que va acorralando a su interlocutor hasta que éste no puede soportar más y contraataca.

Ya en un artículo del lejano 1897, "Régimen de mentira", denunciaba Unamuno cómo esta imperaba en los diversos ámbitos de la vida española; y, al referirse al religioso, escribía (Unamuno, 1897, 103): "La hipocresía está a la orden del día, y la inmensa mayoría de los que aparecen católicos apostólicos romanos, lo hacen por espíritu conservador. No son conservadores en puro católicos, sino que se fingen católicos en puro conservadores". Y en una carta anterior en 9 años a la anécdota (1905; EI, 193): "Nada me indigna más que eso de tomar el catolicismo los conservadores como algo que viste bien, algo de bien parecer, algo de buena educación, de tradicional, etc.". Esta indignación y rabia, unidas al amor de Unamuno por las paradojas, parecen ser el origen del hostigamiento y provocación que supone recordar la dureza de la frase evangélica al conservador, alegre y confiado.

B) A QUIÉN SE LE RECUERDA EL PASAJE EVANGÉLICO: Como ya hemos dicho, a un conservador, a un representante de ese conservadurismo que trataba de aunar riqueza y poder político, aparte de instrumentalizar a la religión misma.

En palabras de J. A. Sotelo y Andrés Barba (1990, 25), "la fuerza social más importante aparecida en la Restauración y en las décadas posteriores [1870-1930] fue la de los **financieros y empresarios industriales** a gran escala. Se trataba de una clase mucho más sólida y respetable que la de los nuevos ricos de mediados del siglo XIX. Pueden destacar nombres como los de Juan March, Comillas, el catalán Gambó...".

Unamuno denunciaba, por estas fechas, y en otros artículos, el influjo de la riqueza en la política de la época (1922; CPE, 304): "El que realmente gobierna es el negociante, es el financiero, es el agiotista. Nada se admira más que el arte de hacerse rico en poco tiempo y sea como fuere."

Además, la instrumentalización del cristianismo por parte de los conservadores parecía la responsable de que aún no hubiera podido llevarse a la práctica dicha doctrina. Este mismo año hacía un ataque al conservadurismo, en otra nota suelta (1919; CPE, p.226). Partiendo de una afirmación del deán de la catedral anglicana de San Pablo, en Londres, según el cual "el cristianismo no puede decirse que haya fracasado porque no ha sido jamás ensayado", afirma Unamuno: "nada mete más miedo que una doctrina, sobre todo si es coherente y abarca mucho". Y termina: "Lo único que fracasa siempre es el conservadurismo, pero siempre de nuevo vuelve a ser ensayado".

C) LA REACCIÓN DEL CONSERVADOR: La reacción no es de escándalo sino de autodefensa ante una idea que se presenta amenazadora. La comicidad creemos que surge por dos motivos. En primer lugar, por su manifiesto nerviosismo y falta de control. Ya en una ocasión se había referido Unamuno al "miedo cerval" de los conservadores, y aclaraba: "cerval deriva de Cierva" (1919; CPE, 270). Y, en segundo lugar, al ver cómo el conservador interpreta a Cristo desde cierta superioridad, no precisamente propia de un cristiano. Tal postura resalta al reiterar Unamuno, antes de transcribir las palabras del conservador, su integración en las estructuras oficiales de las organizaciones católicas: "socio de la Adoración Nocturna y de las Conferencias de San Vicente de Paúl y ciervista él, nos interrumpió bruscamente exclamando: "Bueno, es que Nuestro Señor Jesucristo era un exagerado"".

D) LA VALORACIÓN UNAMUNIANA: Los comentarios de Unamuno a la reacción del conservador nos resultan un tanto teatrales (quizás por los signos de exclamación y esa reiteración, tan típica de los estados de indignación), como si él también perdiera el control ante quienes no entienden las paradojas: "¡Exageraciones! ¡Exageraciones! Es lo que ahora han dado en llamar paradojas".

Ya en 1912, Unamuno se había referido a los conservadores y a las exageraciones (1912; VII, 502): "aquí, ya se sabe, hacerse conservador es hacerse quiescente. El mundo

hará por sí, dejarlo rodar: "No hay que exagerar, es preciso tener el sentido de la medida; orden y a trabajar cada cual en lo suyo".

Curiosamente, el conservadurismo reacciona ante Cristo, como había reaccionado ante Unamuno, tachándolo de paradójico, exagerado. Como es sabido, el término "paradójico" era frecuentemente utilizado para descalificar intervenciones y palabras de Unamuno. Ya en 1900 se refiere Rubén Darío al "señalado y censurado prurito paradójico" de Unamuno (tomado de García Blanco, 1980, 23). Por su parte, J. M^a de Cossío (1958, 10) cuenta cómo una conferencia pronunciada por Unamuno en Valladolid en 1912 desconcierta al auditorio, "acabando por calificarle, como tantas otras palabras suyas, de paradojas". Sin embargo, Cossío, que también trató a Unamuno, opina de forma diferente a Rubén Darío: "Este calificativo ha sido siempre incongruente con el pensamiento y hasta con el estilo intelectual de don Miguel, pero fue sambenito que tuvo que llevar siempre, y con entereza ejemplar soportó hasta la muerte".

Algunos manifestaban desprecio por la paradoja recurso que consideraban socorrido. El mismo Unamuno (1905?, VII, 432) arguye, a alguien que manifiesta que eso de "desbarrar", hacer "paradojas o extravagancias", está al alcance de cualquiera: "Si sospecharas que tus paradojas parecerían paradojas y no sandeces, te dedicarías a ellas. No a todos es dado ponerse a desbarrar adrede".

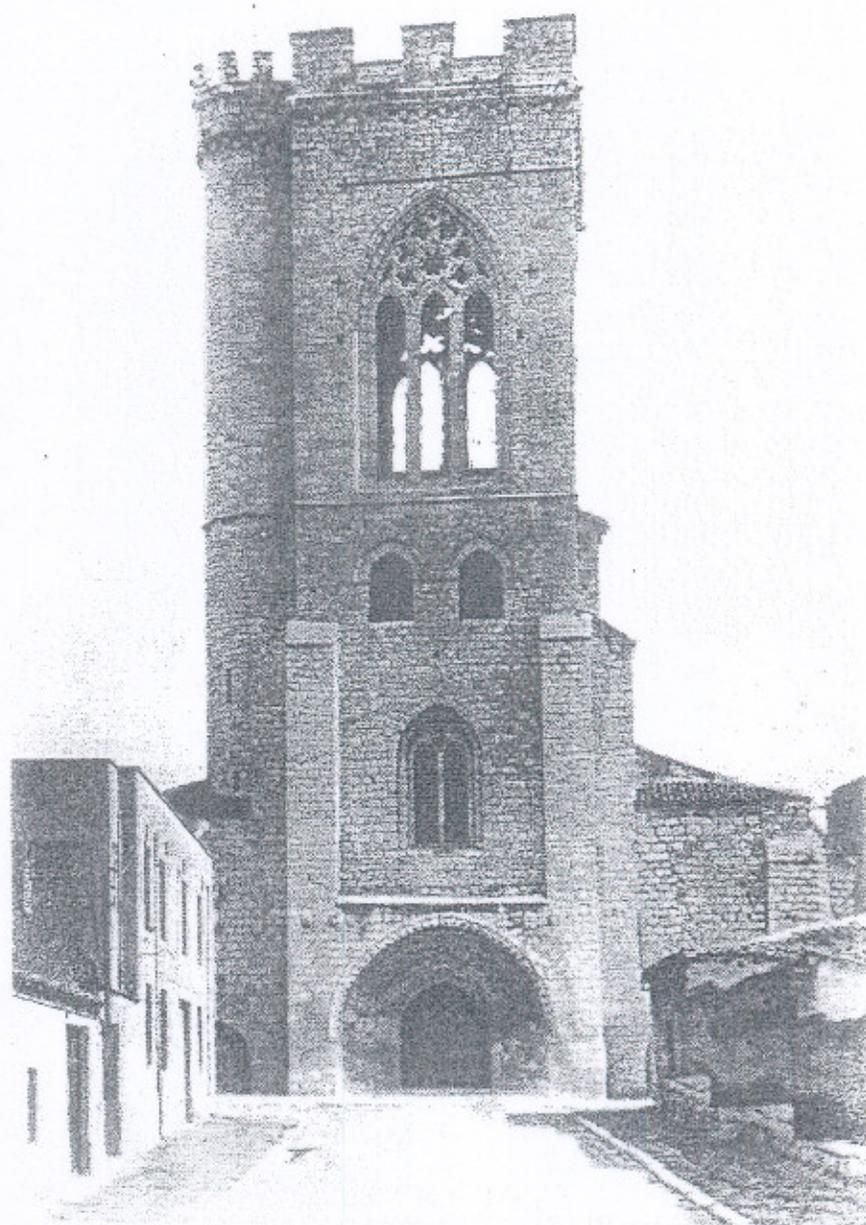
3. Un espejismo en el páramo palentino (1921)

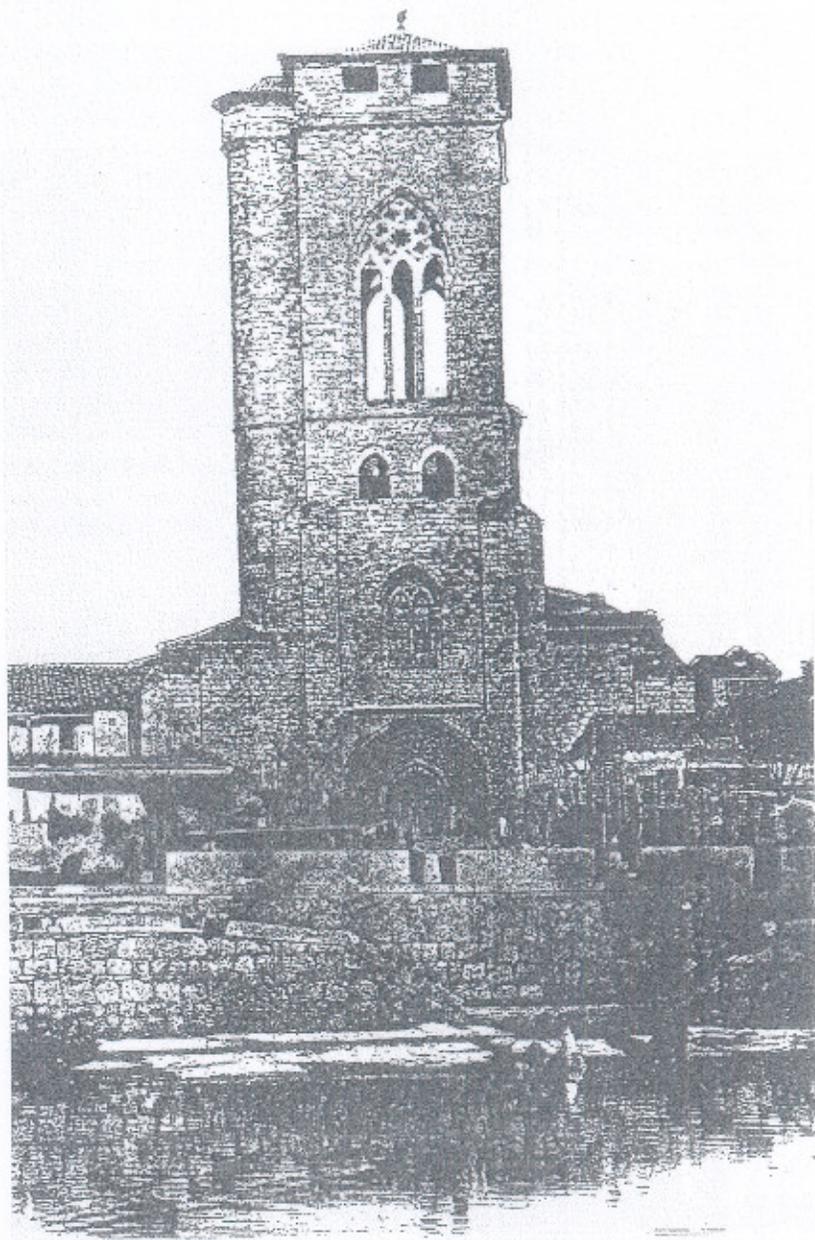
Fecha en agosto de 1921, y luego integrado en *Andanzas y visiones españolas*, el capítulo "En Palencia" nos reserva una nueva y diferente referencia al camello evangélico, aunque al margen de la anécdota que nos ocupa.

A Palencia se acercaba Unamuno, con cierta frecuencia, para pasar cortas estancias en la casa de su hijo mayor, Fernando. Allí escribió el poema "El Cristo yacente de Santa Clara (iglesia de la Cruz) de Palencia" (1913), ese Cristo que, en sus palabras, "es como un símbolo y resumen del paisaje trágico castellano" (1987, 40). Y, cuando ya en el destierro, escriba *La agonia del cristianismo*, y recuerde con añoranza a la patria, se dolerá de no poder ver la sierra nevada de Salamanca, "ni el páramo, la estepa, que en Palencia, donde está el hogar de mi hijo mayor, aquieta mi alma" (VII, 307).

Pues bien; en esa visita de 1921, y en medio de un caluroso verano, recorriendo el paisaje capitalino, se detiene ante la iglesia de San Miguel y escribe (Unamuno, 1940, 222):

Y ved qué cosa más fresca y más clara la torre de la iglesia de San Miguel con sus grandes ventanales góticos que dejan ver el cielo a través de ella. Una verdadera aguja gigantesca, con su ojo abierto a un cielo claro, el ojo de la aguja por donde pasa el camello que ha peregrinado por el páramo muerto de sed. Más muerto de sed el páramo mismo que él, el camello.





Aunque, en un principio, nos sorprendió y desconcertó este pasaje (hacía años leído y, no del todo, olvidado), luego encontramos en él las claves para que las versiones segunda y tercera de la anécdota que nos ocupa tuvieran sentido y continuidad. En concreto, este corto pasaje nos ofrece tres aspectos que merecen atención y comentario:

- 1) El camello y la aguja dejan, por un momento, de tener el valor simbólico del evangelio para convertirse en realidades autónomas y protagonistas de una especie de alucinación surrealista. Y, así, vemos cómo el camello, tras peregrinar "por el páramo muerto de sed", con un salto o vuelo acrobático penetra limpiamente a través del ojo-ventanal de la torre de la iglesia de san Miguel.
- 2) Esta visualización tiene lugar en Palencia, en la geografía del páramo y en un verano agobiante. Esto nos prepara para que, en la tercera versión, el simbolismo de las figuras y de la anécdota misma se haga general para España, territorio de lo estepario y lo extremo.
- 3) El camello, en contra del texto evangélico, pasa por el ojo de la aguja, ojo generoso situado en la torre de una iglesia. Y será la Iglesia institución, a través de un clérigo, quien resuelva, desde su posición ventajosa, el problema del camello y de la salvación, en las dos siguientes versiones de la anécdota, aunque la solución siga siendo la dada por el conservador.

Este pasaje de la torre de San Miguel establece, pues, un puente con la segunda versión de la anécdota, protagonizada ya por un eclesiástico; y con la tercera, donde se pierde, en cierto modo, la funcionalidad que había tenido en las dos versiones precedentes, para cobrar protagonismo la localización, el contexto de extremosidad que es España.

4. Segunda versión (1924): el camello ante la adaptación estilística

Tres años después del texto palentino y cinco después de la primera versión, encontramos la anécdota por segunda vez. Es la época del destierro en Francia. Unamuno tiene 60 años y se ve arrancado de su familia, de su ambiente y de su patria. Refiriéndose al período 1924-25, comenta Ricardo Gullón (1976, 272): "La fatiga de la lucha y la nostalgia de la paz agudizaron su sensibilidad haciéndole sentir su empeño como algo intrascendente. El "para qué" dictado por el cansancio le llevó a inculparse, pero en la inculpación el reproche iba dirigido tanto contra los demás como contra sí mismo".

Entre Fuerteventura y París, escribió Unamuno una serie de artículos, que publicará *El Imparcial* desde abril hasta noviembre de ese mismo 1924. Aunque Unamuno tituló la serie *Alrededor del estilo* y llegó a clasificarla como "poema épico en prosa sobre el estilo", luego advertirá (1924; VII, 924): "Empiezo a darme cuenta de que bajo este rótulo común de "Alrededor del estilo" voy a ensartar las cuentas más dispares y sobre todo lo divino y lo humano".

Y así, en la entrega del 9 de noviembre, la XXIX (sólo una llevó título propio), reaparece nuestra anécdota, y lo hace en forma un tanto lateral, ya que está hablando de los tipos de tontos. Tras afirmar Unamuno que ha pecado a veces en contra del estilo, del aticismo, se refiere a tres casos concretos de exageraciones: el episodio de la sierra y el martillo (de los *Diálogos de los muertos* de Luciano de Samosata); cierta frase hiperbólica oída en el Ateneo de Barcelona; y nuestra anécdota del camello (1924; VII, pp.940-941), desarrollada en tres partes:

1) El comentario introductorio:

Toda exageración, en efecto, suele ser un pecado contra el estilo.

2) La anécdota en sí:

Y de aquí lo de aquel canónigo cristiano moderado que al recordarle lo que el Cristo dijo de ser más difícil el entrar un rico en el reino de los cielos que hacer pasar un camello por el ojo de una aguja –o acaso que enhebrar por él un calabrote– y otras sentencias por el estilo, el buen canónigo, cristiano moderado, replicó sonriendo, como quien está en el secreto: “No haga usted mucho caso; Nuestro Señor Jesucristo era un exagerado”.

3) El comentario de cierre:

Y son muchos los canónigos, cristianos moderados, que creen que el Cristo exageraba cuando pronunciaba una de sus paradojas. Ya que el evangelio está lleno de ellas. Y es que los canónigos suelen ser cristianos de término medio, de cristianismo común, de sentido común cristiano, sin peligrosas exageraciones evangélicas.

A) QUIÉN Y A QUIÉN RECUERDA EL PASAJE EVANGÉLICO: Aquí ya no es necesariamente Unamuno quien expone el pasaje, pues dice “al recordarle”, por lo que el sujeto del verbo lo mismo puede ser primera persona, “yo”, que tercera, “alguien”. Además, encontramos “replicó” sin ningún pronombre que nos saque de dudas, como si dijera “me replicó” o “le replicó”.

El interlocutor ya no es un seglar, sino “un canónigo cristiano moderado”. La anécdota se ha cambiado al ámbito eclesiástico. Aunque Unamuno no califica de “idiota” –en su sentido etimológico, claro– al canónigo, a veces lo hace con quienes no comprenden las paradojas. Y es que Unamuno establece relación entre idiota, sentido común y odio a las paradojas. Idiota, afirma, es “el que no tiene más que sentido común, el que no discurre más que con lugares comunes y que por tanto odia las paradojas” (1923; VII, 1243).

Un año antes de esta versión, Unamuno se había referido (1923; VII, 1245) a los “idiotas de la Iglesia –y en ésta como en cualquier otra congregación los idiotas son los más–, los que no tienen más que sentido común [...], carecen de sentido propio y de pasión propia”, lo que les lleva a no comprender ni sentir las paradojas.

departir con el párroco sin convertirse al punto a la fe de éste?". Y me contestó: "¡Hum! ¡Hum! esos curas... Esos curas tienen unas artes...".

Pero si los curas tienen las artes de atraer a su rebaño, también tienen las de tranquilizar, las de velar, como hará san Manuel Bueno, por que, dentro de sus limitaciones, el pueblo sea feliz.

C) LA INTERPRETACIÓN UNAMUNIANA: El problema, sin embargo, no lo limita Unamuno a lo eclesiástico sino que establece una estrecha relación con lo personal, con el campo de lo expresivo. Y así, tras finalizar la anécdota, Unamuno reconoce cierta falta de moderación, que no sabemos, como lectores, si tomarla del todo en serio: "Os decía que en más de una ocasión me he pasado de la raya [...] al juzgar y calificar al tonto por dejarme llevar de mi gusto por la paradoja, por la exageración más o menos evangélica o apocalíptica".

Así, Unamuno, que en la primera versión se ponía claramente en contra del replicante conservador, ahora parece acercarse a la interpretación moderadora del buen canónigo. Y más adelante afirma: "Decir de él [del tonto medio], por ejemplo, que tiene menos seso que un grillo es, sin duda, una exageración. Es tan exagerado como decir que es más difícil que un rico entre en el reino de los cielos que un camello pase por el ojo de una aguja".

5. Una anécdota parisina (¿1924?), un pasaje de San Manuel Bueno, Mártir (1931) y un poema salmantino (1928)

Antes de abordar la tercera versión, que demorará nueve años en aparecer, vamos a detenernos, aunque muy rápidamente, en los tres textos aludidos en el título de este apartado.

De momento, Unamuno continúa su destierro en Francia. Aunque en 1925 trasladó su residencia a Hendaya, esta otra anécdota que vamos a comentar no tiene fecha, y bien pudo ser de su primera estancia en París o de alguna visita posterior. Sea como fuere, Unamuno presencia una conversación que recordará en Madrid, en 1932, al escribir el prólogo para su *San Manuel Bueno, mártir* (1980, p.80):

Al preguntarle en París una dama acongojada de escrúpulos religiosos a un famoso y muy agudo abate si creía en el infierno y responderle éste: "Señora, soy sacerdote de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, y usted sabe que en esta, la existencia del infierno es verdad dogmática o de fe", la dama insistió en: "¿Pero usted, monseñor, cree en ello?", y el abate, por fin: "¿Pero por qué se preocupa usted tanto, señora, de si hay o no infierno, si no hay nadie en él...?". No sabemos que la dama le añadiera esta otra pregunta: "Y en cielo, ¿hay alguien?"

Como puede observarse, ante la inquietud por la salvación reaparece el talante tranquilizador de un sacerdote, a la par que cierto humor por parte de Unamuno. Y, aunque

afirmara no haberse acordado de esta anécdota al escribir su *San Manuel*, resulta fácil establecer un paralelismo con este pasaje de dicha novela (Unamuno, 1980, pp.113-114):

- ¿Es que hay infierno, Don Manuel?

Y él, sin inmutarse:

- ¿Para ti, hija? No.
- ¿Y para los otros, le hay?
- ¿Y a ti qué te importa, si no has de ir a él?
- Me importa por los otros. ¿Le hay?
- Cree en el cielo, en el cielo que vemos. Míralo. -Y me lo mostraba sobre la montaña y abajo, reflejado en el lago.
- Pero hay que creer en el Infierno como en el Cielo -le repliqué.
- *Sí hay que creer todo lo que enseña a creer la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana. ¡Y basta!*

Así, pues, prosigue el espíritu tranquilizador del sacerdote, aunque se advierte cierto rechazo, rechazo que es reflejo del extremismo, tan español, que motivará y estará presente en la tercera versión de nuestra anécdota.

Y seguimos en la época del destierro de Unamuno, y dentro de la actividad poética a la que le impulsa la nostalgia de España. En 1928, ya en Hendaya, escribe un corto poema recordando a Herguijuela de la Sierra, pueblo salmantino que visitó muy de pasada y que, sin embargo, llegó a conmoverle (1928; Unamuno, 1980, 63).

Unamuno mismo (1928; 1988, 3, pp. 61-62) se refiere al origen etimológico de este poema en su prólogo al *Cancionero*. Y, a tenor con su etimología (*eclesiola*, iglesuela o iglesita) nos presenta el edificio de la iglesia humanizado, con lo que adquiere un valor protector y maternal, que se anticipa a la figura de san Manuel Bueno:

*Herguijuela de la Sierra, ¡ jay, iglesuela en cucullas, abrigando a tus polluelos/
mientras les pasa la vida!*

6. Tercera visión(1933): el camello y la realidad externa española

Unamuno regresó de su destierro a España en 1930 y, al año siguiente, llegó la esperada República. Pero, como advierte Luciano González Egido (1997, 164), ya desde muy pronto, "los excesos populares empiezan a inquietarle. Desconfía cada vez más de los juegos políticos. La República le encuentra viejo y cansado, más cascarrabias que nunca. Pero mantiene su ideal de libertad, de democracia y hasta de revolución, aunque de una revolución muy *sui generis*".

En 1931, hubo quema de conventos, el cardenal primado fue expulsado de España y confiscados sus bienes. En 1932, hubo un intento de golpe de estado. Y 1933, año de nuestra tercera versión, en palabras de Julio Zarraluqui (1968, 101), "se inicia con movimientos extremistas, en los que hubo asaltos a cuarteles, y muertos y heridos. En Ripollet, fue incluso proclamada la república comunista libertaria. Estos movimientos tuvieron su culminación en la espantosa tragedia de Casas Viejas".

En cuanto a la situación personal de Unamuno, en 1933 está a punto de jubilarse (tiene ya 69 años) y las muertes de amigos y familiares (su hermano menor y su hermana mayor) no le dejarán indiferente. "Me siento morir espiritualmente día a día cada vez que siento morir en mí a un amigo, hasta un conocido", escribía ya en 1926 (EI 2, 199). Siguen, además, las cargas familiares; y, todavía en una carta de junio de 1936, escribirá (EI 2, 348): "cinco de mis ocho hijos corren todavía a mi cuenta".

Así, pues, nueve años después de la segunda versión, volvemos a encontrarnos con la misma anécdota, reducida ya a sus rasgos esquemáticos, en el artículo "Tres españoles de trasantaño" (*Ahora*, 5 de junio de 1933). El artículo se inicia con una visión del momento que vive España, y a modo de ilustración cuenta dos anécdotas (1933; VII, 1111):

1) La primera anécdota:

En la Mancha, después de una asoladora sequía de siete meses, sobrevino una temporada de aguaceros, y un día llegó a una casa una mujer de campo manchego, machega ella, toda calada de agua del cielo, y al abrirla la puerta, ella, zapatos en mano, exclamó: "¡Ay, señorita, hasta el Señor es "desagerao"!".

Hay que destacar los siguientes elementos:

- Quien atribuye las exageraciones es una mujer de pueblo, en contraposición al clérigo de nuestra anécdota.
- La exageración no se le atribuye a Cristo por sus palabras sino a Dios por sus hechos: el final de una sequía que soluciona un problema, quizás tras una dramática rogativa, pero crea otro.
- El escenario es una zona árida, similar al páramo palentino.
- El efecto de la anécdota es de una comicidad similar al caso del conservador, aunque con ciertas simpatías por lo popular y el peculiar uso del término *desagerao*.

2) La segunda anécdota (nuestra tercera versión):

La [anécdota] de aquel canónigo a quien, como le recordaran lo de que "es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que el pasar un camello por el ojo de una aguja", objetó, complaciente: "buena, pero es que nuestro Señor Jesucristo era un exagerado".

A) QUIÉN Y A QUIÉN LE RECUERDA EL PASAJE EVANGÉLICO: Como en la segunda versión, no aparece el sujeto, se trata de tercera persona de plural ("como le recordaran lo de..."). Y sigue de protagonista el canónigo, pero ya sin calificativo alguno de "moderado" ni de "bueno".

B) LA REACCIÓN Y LA INTERPRETACIÓN UNAMUNIANA: La reacción del clérigo es la misma de la segunda versión, aunque se ha eliminado el matiz confidencial de aquella. Sin embargo, son importantes las determinantes contextuales, para su interpretación. Nuestra anécdota está precedida por la de la manchega, donde estalla toda la carga de la comicidad y quizás la reste a nuestra anécdota, que podría tenerse, incluso, como una simple variante de aquella.

Por otra parte, hace dos años de la publicación de *San Manuel Bueno, mártir* (1931) y, aunque las figuras son muy diferentes en cuanto a carga dramática, comparten el rasgo común de pretender tranquilizar al pueblo.

Unamuno, aunque en un tono quizás no carente de ironía, retoma las atribuciones de exageración de ambas anécdotas y las fundamenta en la realidad de España:

El Cristo y el Padre del Cristo en España han sido exagerados, extremistas. Y hasta la tierra española nos la han hecho extremada. A tal punto, que podría llamarse toda ella Extremadura, aunque en otro sentido que el originario de esta denominación geográfica.

El rumbo de nuestra anécdota ha cambiado. Desde luego, el comentario de Unamuno no tiene ya relación directa con el problema de la salvación de los ricos, sino con el estado dramático por el que atraviesa España. Los extremos geofísicos son reales y, a la vez, simbolizan los extremos divinos y humanos que sufre España. La paramera palentina, la manchega, España es escenario de extremosidades de la tierra, de los hombres y de su Dios.

Frente al carácter tranquilizador del clérigo de la anécdota, Unamuno constata la radicalización de la política española (1933; VII, 1112): "Ahora vemos que con achaque de atajar un fajismo [fascismo] que se les antoja en asomo, se dan unos a preparar otro fajismo". Los civiles han adoptado los extremismos de la iglesia, que al final quizás no eran otros extremismos que los de la misma España.

Ya, en enero de este año de 1933, había publicado un artículo con un revelador título: "Eso no es revolución". Al comentar una conferencia de Ortega y Gasset, se muestra, como éste, descontento por el rumbo que han tomado los acontecimientos y por el radicalismo de la izquierda. Y, así, establece este paralelismo entre la fe que exige la iglesia y la que exige la izquierda (1933; VII, 813-814):

También en ésta [en la política laica] la fe implícita, la fe del carbonero, el método del entontecimiento. Y hasta el tercer grado de obediencia, la obediencia de juicio que establece Íñigo de Loyola y que lleva al cuarto voto. Cuarto voto que se establece en la disciplina de partido.

En todo este contexto, la anécdota del camello y la salvación parece desdibujarse para insertarse en la extremosidad de Dios y de la misma España. Ya no se trata de poner en evidencia a quien trata de atenuar la exageración evangélica, sino que se constata cómo el español encarna y sufre esa misma exageración. La anécdota ha cobrado de pronto una dramática veracidad. Una veracidad que, al estilo de san Manuel, conviene suavizar, en contra de "la dolorosísima caridad de la dureza", aludida en *Del sentimiento trágico de la vida* (1913; VII, 546).

7. Dos citas a modo de conclusión

Y nos hallamos ya al final de este largo recorrido tras de nuestra anécdota, con la impresión de que nos ha quedado mucho por decir. Las conexiones que hemos establecido podrán, sin duda, multiplicarse y afinarse con una lectura más amplia y profunda de la obra de Unamuno. Pero, antes de terminar, haremos una parada en 1936.

Unos días antes de su muerte, Unamuno fue entrevistado por Nikos Kazantzakis (1974, II, 1148-1151), a quien declaró teniendo al fondo a su San Manuel Bueno, la tragedia de España y su propio drama personal y político:

El rostro de la verdad es terrible. ¿Cuál es nuestro deber? Ocultar la verdad al pueblo. El Antiguo Testamento dice: "El que mire a Dios a la cara, morirá". El mismo Moisés no pudo mirarlo a la cara. Lo vio por detrás, y solamente un faldón de su vestido. Así es la vida. Engañar, engañar al pueblo para que el miserable tenga la fuerza y el gusto de vivir. Si supiera la verdad, ya no podría, ya no querría vivir.

Sin embargo, para terminar con menor dramatismo, queremos recordar unas palabras de Unamuno en 1920 (VII, 639):

Te digo, lector, que me paso la vida poniéndome problemas y no resolviéndolos jamás. No los resuelvo, sino que los disuelvo. Y los disuelvo en otros problemas. Y admiro a los que tienen fe y esperanza en una solución cualquiera y hasta llaman "claridad" a lo menos claro.

BIBLIOGRAFÍA MENCIONADA

- COSSÍO, José María de (1958): "Prólogo" a *Miguel de Unamuno. Glosa de una vida*, de Bernardo Villarrazo, Ed. Aedos, Barcelona, pp.9-17
- FERRATER MORA, José (1967): "Unamuno hoy día", en Antonio Sánchez Barbudo, ed. (1990): *Miguel de Unamuno*, Taurus, Madrid, pp. 45-58
- GONZÁLEZ EGIDO, Luciano (1997): *Miguel de Unamuno*, Junta de Castilla y León, C. de Educación y Cultura, Valladolid
- GONZÁLEZ MARTÍN, Vicente (1977): "Introducción" a M. de Unamuno: *Crónica política de España (1925-1923)*, Alamar, Salamanca, pp. 11-55
- GULLÓN, Ricardo (1976): *Autobiografías de Unamuno*, Ed. Gredos, Madrid
- IRIBARREN, J. M^o (1995): *El porqué de los dichos*, Gobierno de Navarra, Pamplona
- KAZANTZAKIS, Nikos (1974): *Del monte Sinaí a la isla de Venus. Obras selectas, II*, Barcelona, pp. 1148-1151
- ROBLES, L. (1997): "La colaboración de Unamuno en *La lucha de Clases* (octubre 1894-abril 1897)", en T. Berchem y H. Laitenberger, coords: *El joven Unamuno en su época*, Junta de Castilla y León, Salamanca, pp. 113-196
- SOTELO, J. A. y Andrés BARBA (1990): *Literatura española contemporánea*, Ed. Dossat, Madrid
- UNAMUNO, Miguel de (1897): "Régimen de mentira", en *Nuevo mundo* (1994), edición de L. Rables, Trotta, Madrid, pp. 103-104
- (1940): *Andanzas y visiones españolas*, Espasa-Calpe, Madrid
- (1966): Tomo VII de la *Obras completas*, edición de Manuel García Blanco, Escelicer, Madrid. Citado como [VII]
- (1977): *Crónica política española (1915-1923)*, edición de V. González Martín, Ediciones Almar, Salamanca. Citado como [CPE]
- (1980): *Poemas de los pueblos de España*, edición de Manuel García Blanco, Cátedra, Madrid
- (1987): *Andanzas y visiones españolas* (1922), en *Poesías completas*, Alianza, Ed., Madrid, vol. 2
- (1988): "Prólogo del autor" al *Cancionero*, en *Poesías completas*, Alianza Ed., Madrid, vol. 3., pp.45-69
- (1991): *Epistolario inédito*, edición de Laureano Robles, Espasa-Calpe, Madrid. Citado como [EI]
- ZARRALUQUI VILLALBA, Julio (1968): *Cuatro redacciones y una guerra (la vida y la época de un periodista)*, Ferrer Coll, Barcelona.